

Diplomado Redacción de la lengua española

Módulo I: Saber leer. El proceso de hacerse lector

Objetivo

Este módulo pretende proporcionar al estudiante del Diplomado Redacción de la lengua española elementos teóricos y prácticos que le permitan desarrollar una lectura eficiente mediante el aprendizaje del proceso de lectura y la comprensión de texto. Además de promover la convicción de la importancia de la lectura como un hábito y como fuente de placer.

Actividad previa

Lectura en voz alta de un cuento

¿Qué imagen tengo de mí como lector o lectora?

- ¿Me gusta leer? ¿Qué es lo que me gusta leer? ¿Y lo que me gusta menos?
 - ¿Cuándo leo? ¿Para qué leo?
- ¿Cómo leo: con rapidez, a menudo, con tranquilidad, antes de acostarme?
 - ¿Qué tipo de lector me considero?

Importancia de la lectura

- ¿Qué es leer?
- ¿Qué es la lectura?
- Por qué leer es importante?
 - ¿Para qué leer?
 - ¿Qué leer?

Leer

- Diferentes definiciones (RAE)
- Proceso de interacción: leer es comprender
- Alfabetización funcional: conjunto de destrezas
- Función instrumental: poder para promover nuevos aprendizajes

Reflexión

¿Cuáles son los objetivos del lector?

El lector y sus objetivos

- ❖ Leer para obtener información
(Saber-conocer)
- ❖ Leer para interactuar
(Opinar-actuar)
- ❖ Leer para entretenerse
(Placer-disfrutar-entretenerse)

Actividad: lectura en voz alta

- Lee el siguiente fragmento, para que veas de qué se trata exactamente este tipo de texto

El primer tramo

Yo nací en la ciudad de México el 23 de julio de 1898; por consiguiente, debo explicar desde luego las dos únicas mentirijillas que en mi vida conté con cierta constancia.

Aun la gente relativamente cercana a mí ha estado insegura sobre esos dos datos, y con más razón, por supuesto, la gente lejana. Unos han supuesto que mi lugar de nacimiento fue la ciudad de Colima o la de Toluca, porque allí viví, en efecto, parte de mi niñez. Otros, que nací en Michoacán, sin más motivo que haber sido amigo de varios conocidos michoacanos, digamos Ignacio Chávez, Salvador González Herrejón, Samuel Ramos, Eduardo Villaseñor o Manuel Martínez Báez. En cuanto a mi edad, ha habido más concordancia, pues la suposición general era que yo “iba con el siglo”, o sea que nací en 1900 o en 1901, según se elija un año u otro como la iniciación de una centuria. ¿Por qué consentí, y en ocasiones alimenté, esas dos pequeñas falsedades?

Continuación

En cuanto al lugar de mi nacimiento, porque yo no tuve idea de mí mismo y del ambiente en que me movía hasta los ocho años, cuando siguiendo a mis padres y a mis hermanos, la emprendí desde la ciudad de México a la de Colima. Ese viaje me despertó una conciencia antes dormida o inexistente. El ferrocarril no llegaba entonces sino a Tequila; de allí a Colima hicimos el viaje a lomo de mula, cabalgando por atajos cavados en la áspera montaña, tan estrechos y resbaladizos que en algunos tramos no hubieran podido cruzarse dos caravanas que caminaran en sentidos opuestos. Por eso, cuando nos acercábamos a uno de esos puntos críticos, nuestros guías comenzaban a gritar, a soplar el cuerno e incluso disparaban un par de escopetazos para advertir a los viandantes que se dirigían hacia Tequila que se detuvieran hasta no llegar nosotros al lugar en que pudiéramos caber las dos caravanas sin peligro de rodar hasta el fondo del abismo.

Continuación

Aquel peregrinar debió durar apenas una semana o diez días; pero estuvo sujeto a una disciplina rigurosa, muy distinta de la que rigió mi vida antes, que, en rigor, había carecido aún de una simple rutina. Desde luego la odisea requería cabalgar a plena luz solar. Esto significaba que desde las tres de la tarde, y ciertamente no después de las cuatro, nuestros guías comenzaban a buscar un sitio donde pernoctar. No abundaban ni mucho menos, de modo que el lugar se elegía finalmente sin mayor exigencia. En todo caso, hasta las cinco de la tarde desmontábamos para iniciar en seguida los preparativos de la cena, con el resultado de que nos daban las siete en pleno y profundo sueño, impuesto por la fatiga y la zozobra. Entonces, a las cuatro de la mañana estábamos en pie, para iniciar la siguiente jornada literalmente al despuntar el día.

Continuación

Este viaje dejó en mí una huella profunda, de hecho imborrable. Primero, por el contraste que significaba con mi vida anterior; después, porque me puso bruscamente, sin preparativo previo, en un contacto íntimo, a través de todos mis sentidos, con la naturaleza, palabra ésta que hasta entonces carecía de todo sentido para mí. Y no era aquella una naturaleza cualquiera, sino de una majestuosidad, de un colorido, de una magnitud y de una variedad asombrosas. Entonces aprendí que la montaña era una de las obras naturales grandiosas, y como pronto conocería la otra, el mar, se me abrió un mundo que antes jamás había sospechado.